

80 IV R 13

# LA GUERRA

DEL

# PARAGUAY

*Sin entusiasmo no se hace nada grande  
en la tierra.*



**BUENOS AIRES**

IMPRESA AMERICANA, CALLE SAN MARTIN NÚM. 120

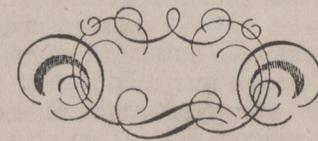
1867

LA GUERRA

DEL

PARAGUAY

*Sin entusiasmo no se hace nada grande  
en la tierra.*



**BUENOS AIRES**

IMPRENTA AMERICANA, CALLE SAN MARTIN NÚM. 120

1867



BUENOS AIRES

IMPRENTA AMERICANA, CALLE SAN MARTIN NÚM. 120

1867

# PARAGUAY

LA GUERRA

## LA GUERRA DEL PARAGUAY

Las páginas que siguen fueron escritas hace un año largo. La *advertencia necesaria* que las encabeza explica por qué razón, en lugar de aparecer en las columnas de la prensa diaria aparecieron en las esquinas á guisa de cartelón.

El pueblo que no cree en profetas, porque está de Dios que nadie ha de ser profeta en su país, aunque tenga mas seso que el inmortal escudero en quien Cervantes personificó el sentido comun, miró con indiferencia mi escrito, hablando de él por acaso, y el pobre papel, como una de tantas elucubraciones sin sustancia, sin sabor ni color, cayó en el abismo del olvido, de donde hoy renace, sino como el Fénix, con sus mismos colores.

Los tiempos han corrido veloces, hemos consumado algunos sacrificios mas; pero las cosas no han variado.

Lejos de variar, el ejército Argentino del Paraguay ha tenido que acudir de Tuyuti al interior de la República para sofocar la rebelion.

Segun mis previsiones la guerra ha durado, dura y durará; segun mis previsiones Porto Alegre no pasó el alto Paraná; segun mis previsiones Tandaré no forzó el paso Humaita, como no lo ha forzado ni lo forzará su sucesor; segun mis previsiones todo revela que el Brasil tiene un interés sórdido en esta guerra.

Ese interés es quedarse solo en la cuestion.

Hay convicciones persistentes: la mia es una de ellas. Quiero que conste, y hoy con mas razon que un año atras, incito á mis conciudadanos á meditar sobre la situacion del ejército Argentino del Paraguay.

¿Es acaso un misterio la pretension de que el *Conde de Eu* venga á ponerse á la cabeza del Ejército Aliado?

¿Es acaso un misterio que hemos sido amenazados de que se nos echaria á *chancletazos* de donde estamos?

Por qué?

Porque se nos mira con desprecio.

¿Y por qué se nos mira con desprecio?

Porque estamos pocos.

Hé ahí la verdad, la verdad neta, seca.

El pueblo Argentino calcula que esta cuestion estará terminada antes de

que el Presidente Mitre termine su período legal; los Brasileños calculan mejor que nosotros, calculan que nó; y cuentan para quedarse solos, con que el sucesor del General Mitre retirará á este sus poderes retirando el ejército con él, á título de pobreza, y que, retirándonos bajo los auspicios de pobres de solemnidad, sin dejar de ser aliados, nos tienen seguros, porque sería el colmo de la mala fé y de la perfidia internacional hostilizarlos, negándoles el acceso á nuestros puertos fluviales, el libre tránsito por nuestro territorio, solo porque no teniendo opinion, ni dinero para seguir de hecho la guerra con ellos retiramos nuestro General en Jefe y nuestras legiones con él.

Algo de vago, de indefinible, de inesplicable precede siempre á las grandes catástrofes humanas: no sentir *ese algo* que es la atmósfera que nos circunda, que es la atmósfera en que vivimos, la atmósfera que nos asfixia, porque nos humille es no tener nervio Argentino.

Seré un soñador. Pero del sueño que tuve ahora quince meses puede decirse despues de los hechos consumados: « *I had a dream which was not all a dream.* (1) »

Y en materia de sueños pienso que toda conjetura, toda adivinacion de la inteligencia merece cierto respecto, habiéndome enseñado la esperiencia á preferir las teorías imperfectas, las sentencias atrevidas que encieran algunos relámpagos de verdad, á los códigos sistemados que no despiertan ninguna gran idea.

No quiero esplayarme mas. Dos palabras van á concretar mi pensamiento.

¿Es tarde para despertar el entusiasmo en un pueblo generoso que no ha consumado aun el último sacrificio por su honor?

¿Está cansado, desencantado, atrofiado el corazón del pueblo argentino?

Si así fuere, — estamos perdidos. Nuestro destino inevitable es el desprecio y la anarquía.

Sin entusiasmo no se hace nada grande en la tierra.

Tuyu-Cué, Setiembre 26 de 1867.

X. X.

Hay convicciones persistentes: la mis es una de ellas. Quiero que conste, y hoy con mas razon que un año atrás, intento á mis concluidas meditaciones sobre la situacion del ejército Argentino del Paraguay.

¿Es acaso un misterio la pretension de que el ejército Argentino del Paraguay sea á la cabeza del Ejército Aliado?

¿Es acaso un misterio que hemos sido amenazados de que se nos echa á las características de donde estamos?

Por qué?

Porque se nos mira con desprecio.

Y por qué se nos mira con desprecio?

Porque estamos pocos.

Hé ahí la verdad, la verdad neta, seca.

El pueblo Argentino calcula que esta cuestion estará terminada antes de

ADVERTENCIA NECESARIA

Cuando la prensa argentina haga política eminentemente argentina, los que quieran hablar por los diarios no tendrán que recurrir á las esquinas de las calles.

Este artículo está escrito hace un mes largo.

Ha podido salir en la *Tribuna*, pero la *Tribuna* tiene otras vistas.

Ha podido salir en la *Nacion Argentina*, pero no hemos recurrido á ella, porque es claro que ella, que es partidaria de la alianza, no nos hubiera hecho lugar.

Ha podido salir en el *Nacional*, pero el *Nacional* quiere que la guerra siga, sin que se hagan mayores sacrificios.

Ha podido salir en el *Pueblo*, pero el *Pueblo* pide la paz y nosotros queremos que la guerra siga.

Ha podido salir en la *América*, pero la *América* está en nuestras antípodas.

Ha podido salir en el *Standard*, pero el autor no escribe el inglés.

Ha podido salir, en fin, en los demas papeles públicos, inclusive el *Mosquito*; pero no hemos ocurrido á ellos.

A cada cual el derecho de su propaganda, á nosotros el de hacer la nuestra por las esquinas.

X. X.

El autor de este folleto es el Coronel Lucio V. Mansilla.

## UNA NUBE ENTRE UN ARCO IRIS

Hace un año que estamos empeñados en la guerra mas sangrienta y dispendiosa que jamas presenciara la República, guerra sin ejemplo en los fastos militares de la América Meridional. Comienza recién lo que realmente puede llamarse la campaña del Paraguay; el tirano está ahí de pie, Corrientes, Yatay, Uruguayana, el Dós de Mayo y Tuyutí parecen no haberle conmovido; los Paraguayos mueren con bravura en todas partes donde se batan; el despotizado pueblo, galvanizado por la férrea mano de la prepotente dictadura, no responde á ningun llamamiento de libertad, repitiéndose una vez mas en la historia, el hecho vergonzoso y desconsolador para la humanidad, de que los pueblos de todas las edades saben morir por sus opresores.

Y sin embargo, duran todavía las ilusiones de los que creían que *llegar, ver y vencer*. á Lopez sería todo uno, porque tomaron al pié de letra la célebre frase ponderativa del General Mitre: «en veinte y cuatro horas á los cuarteles, en quince dias en el ejército, en tres meses en la Asuncion.»

Pero es tiempo, por Dios, de que la República salga de su lastimoso error, y que meditando sobre los sucesos que se desarrollan en el Paraguay, que echando la vista sobre el vasto perimetro del teatro de la guerra, se dé cuenta cabal de lo que pasa, poniéndose á la altura de la solemne situación que atravesamos, si es que quiere salvar sus legiones y con ellas el honor de sus armas y de su bandera.

Hablo sin rodeos.

No es un escrito inflamatorio el que, saliendo de mi silencio, lanzo al público, en esta hora de expectativa suprema, de mortal ansiedad para la nacion. No es mi intento entusiasmar, porque á nadie quiero alucinar, esplotar ni engañar. Quiero persuadir. Y así, es á la razon fria y serena de todos á quien me dirijo, esperando que si mi palabra, anónima esta vez, no es escuchada, no faltará quien la recuerde algun dia. Tal es el destino de la verdad, siempre que ella viene á interrumpirnos en medio de la algazara popular, que en sus vértigos de alegría celebra anticipadamente la victoria definitiva, cuando la obra está recién medio empezada y remota la hora de darle cima.

No hago por esto un cargo á Buenos Aires, ni á ninguna otra Provincia. Las entidades colectivas como los individuos, tienen iguales sentimientos y obran de la misma manera en circunstancias dadas, y cualquier otro pueblo que se hubiese visto comprometido y arrastrado, como nosotros, á una guerra impopular, hubiera sentido lo que nosotros hemos sentido,

hubiera pasado por las mismas vacilaciones porque nosotros hemos pasado, en una palabra, hubiera obrado de la misma manera que nosotros hemos obrado.

La guerra contra el Paraguay vino á sorprendernos en medio de las mas risueñas esperanzas de paz, cuando á penas se restañaba la sangre de las profundas heridas abiertas por nosotros mismos en nuestro propio seno; y como si esto no bastara para hacerla impopular, se nos ofreció como aliado un pendon antipático, que el pueblo execraba desde las márgenes del Plata hasta Jujui y desde las orillas del Uruguay hasta el pié de las Cordilleras.

No quiero detenerme á examinar si la preocupacion popular es legitima, fundada. Y nótese bien, que digo preocupacion desconociendo quizá el instinto salvador de las multitudes, que no tienen mas dialéctica que sus presentimientos, esa suprema lógica del corazon.

No es este el momento, sin duda, de discutir la oportunidad de la alianza. La Nacion la ha aceptado, porque, qué no aceptan los pueblos!, y es necesario cumplir el compromiso con dignidad. Así obran las naciones. Se odian cordialmente como la Inglaterra y la Francia; pero van juntas á Crimea, cada una de ellas ostentando un motivo, ocultando su verdadero fin, observándose, estudiándose, midiéndose para lo futuro, por decirlo así, sin que falte un Piamonte que se coloque en medio de las dos temibles banderas ni mas ni menos que como el Estado Oriental, *que tanto tiene que ganar* en la contienda con el Paraguay, se ha colocado entre las banderas Argentina y Brasilerá. La moral de los individuos. Dos hombres de bien, pero enemigos, no hacen comercio de amistades, ni seducen á un tercero para quitar de en medio á un rival. Los hombres tomados aisladamente tienen corazon, conciencia, probidad, quíen lo duda!: unidos en consejo, haciendo sobre todo política internacional, raro es aquel que siente las palpitaciones de sus entrañas.

La moral de los tiempos que alcanzamos es tan cristiana, que cuando la conveniencia Nacional habla, la conciencia de los políticos enmudece, se vuelve idiota por decirlo así.

Quiero, pues, como se vé, hacer constar únicamente, que el Brasil es tan popular entre nosotros, como nosotros lo somos en él, y que sus derrotas de Cumacua é Ituzaingó, no son un obstáculo para que hoy fraternicemos con él á fin de anoadar á Lopez y destruir el poder militar del Paraguay; así como la derrota de los Ingleses en Fontenoy y la de los Franceses en Waterloo, no fueron un obstáculo para que el pendon rojo y el tricolor lucháran juntos en Inkermann, Alma y Sebastopol, dejando establecidas al mismo tiempo dos premisas fundamentales, á saber: que la impopularidad de la guerra actual, á pesar de la brusca agresion del Paraguay, motivada en parte por nuestra política de dos caras en la revolucion oriental, y por las locas provocaciones de nuestra prensa, es debida: 1° á que el pueblo Argentino todo, con razon ó sin ella, ha mirado siempre con ojos recelosos la enmarañada política del Brasil en el Rio de la Plata: 2° á que una parte de nosotros mismos, cegada por los viejos é insanos odios del pasado, halagada por la candorosa esperanza de una reaccion federal, no discernia ó no queria discernir el verdadero carácter de la agresion Paraguaya, simple manifestacion de ensorberbecimiento consular y nada mas, en la cual se

veía por aquellos ilusos una tabla de salvacion para la realizacion de sus recalitrantes ensueños. Y todo esto, como si Lopez y el Paraguay, tan déspota el uno como atrasado y miserable el otro, pudieran moralmente cooperar á la restauracion de un partido que, sean cuales sean sus tradiciones, no podría vivir sino reconciliándose de buena fé con los principios liberales, qué digo! ofreciendo, haciendo y dando mas de lo que nosotros hemos prometido, hecho y dado.

Pero tales aberraciones no son de estrañar en una tierra cuyo sentido moral ha sido tantas veces perturbado; en una tierra que ha visto al partido de la libertad unirse al mas cruel y sanguinario de los tenientes de Rosas, para derrocarlo; en una tierra que ha tenido que hacer la revolucion de Setiembre para desasirse de las garras del leon, que dar la batalla de Cepeda, que celebrar el tratado de Noviembre, dando previamente un vergonzoso golpe de Estado, para volver á las andadas algunos meses despues, y no darse punto de reposo hasta Pavon; en una tierra, en fin, en la que hemos visto al partido liberal transigir con Urquiza y los caudillos, matar la revolucion triunfante, obligando al génio de la libertad á cubrirse el rostro y derramar lágrimas de fuego en presencia de tan oprobiosa debilidad y de que tanta sangre derramada y tantos tesoros gastados, no bastasen aun para asegurarles á los pueblos del interior y de una parte del litoral, el respeto de la vida, los derechos de la mente y de la propiedad, el honor siquiera. Ponga todo el que tenga una conciencia austera la mano sobre ella y diga si estas amargas pinceladas son ó no indisputables verdades.

Mas la diplomacia urdió su tela de Pénélope consabida, el cónclave parlamentario se reunió, cerrando sus puertas con cerrojos y pasadores, delibero y sancionó. Puso el Poder Ejecutivo su *fiat-lux* constitucional, su tén-gase por ley, y de entre las tenebrosas tinieblas diplomáticas y parlamentarias, brillaron los refulgentes rayos de cien mil bayonetas aliadas, segun los cálculos alegres de algunos diaristas á la sazón.

La alianza se hizo, y le fué ofrecida al pueblo diciéndole, que era una fortuna haberla conseguido, ya que nos habian provocado, y que siendo la guerra con el Paraguay un hecho que tarde ó temprano debia realizarse, para que se vea que tambien los políticos son fatalistas como los Musulmanes, era un doble favor de la Providencia el que la tal guerra se hubiera anticipado. Se añadió que era *la última mano* que se le pedia para que volviera á los plácidos y felices dias de Augusto, y cada cual comenzó á hacer su mente guerrera. ¡Pueblo impresionable y dócil! dudó, pero comenzó sus aprestos con generoso ardor, y hasta aquellos que solo pensaban en calzarse el bonete doctoral, no pensaron ya sino en preparar las armas y arreos de Rolando. El Congreso habia decretado la guerra y era necesario hacerla para castigar al atrevido é insolente mandon que acababa de lanzarnos un reto altanero, al propio tiempo que nos hacia una pirática agresion, apoderándose de nuestros frágiles barquichuelos.

Una guerra cuya propaganda no se habia hecho, que no faltaba quien creyera hubiese sido posible evitar, decretada bajo los auspicios que he dicho ya, es decir, que perturbaba á los unos y halagaba á los otros, podia conmover al país, como en efecto lo conmovió, pero no podia entusiasmarlo, ni hacer que como un solo hombre se pusiera de pié.

¿Qué sucedió pues?

Que solo las Provincias que gozan de una completa libertad, donde el gobierno administra en lugar de oprimir y esquilmar, respondieron al llamamiento, á lo mandado por la ley. Y eso que se desparramaron hombres influyentes en todas direcciones. Rojo al Norte, Mitre al centro, y otros mas que movian los titeres por San Luis, Mendoza, la Rioja y demas. Tarea vana! Todos ofrecieron, dieron algo, hablaron de las penurias provinciales, de la exigüidad de sus tesoros y cobraron el andrajoso vestuario dado á la Guardia Nacional á precio de oro. Solo Buenos Aires, Sta. Fé y San Juan dieron lo que se les pidió. Las demas, destrozadas por sus cuestiones de preponderancia feudal, porque toda su politica no es otra cosa, apenas dieron la mitad. Entre Rios se vistió y se armó como nunca lo habia estado y se alzó. El norte de Corrientes se unió cobardemente al invasor; en una palabra, por debilidad, por cobardía ó afinidades de lengua guaraní, hizo *traicion*. Sí; digámoslo para eterno baldon de aquellos sobre quienes debe recaer el castigo de la ley ó el de los remordimientos de haberse aliado al extranjero. Sí; digámoslo para probar una vez mas que en politica, solo son fuertes los extremos. O la libertad que dá lo que se le pide en nombre de la ley, del honor Nacional, como Buenos Aires, Santa Fé y San Juan, ó el despotismo del Paraguay que por orgullo arma á un pueblo entero, le lanza á la pelea sin iniciativa, sin brio, pero con heroica y fanática resignacion. Esas medias tiranias como las de Entre Rios, Córdoba y Santiago; esas medias libertades como las de Corrientes y demas, sirven para que los ciudadanos se degüellen entre sí, no para defender el suelo ni la dignidad nacional. ¿Se quieren ejemplos de ayer no mas? Ved á Méjico y á sus siete millones de habitantes supeditados por un puñalo de franceses. Y como reverso de la medalla, á los Estados Unidos mas fuertes y respetados hoy dia, que en el momento en que la hidra de la rebelion alzara amenazante su múltiple cabeza.

Y no se me diga que hay imprudencia en descorrer el velo y mostrar el cuadro sombrío de tan tristes verdades. EL Viejo Mundo nos quilata solo por lo que le mandamos y consumimos, y el Brazil sabe bien que la alianza es un consorcio de circunstancias. Vá por ahora con nosotros á su objeto; pero sin echar en olvido que no es la primera vez que cincuenta mil Argentinos hemos estado en armas, no ya por la honra del pueblo Argentino, que es la vida, sino por salvar algunas verdades necesarias á la civilizacion moderna, al progreso, á la libertad.

Pero tocamos el fondo ya y debo apresurarme á entrar en él para no aumentar las dimensiones de este escrito y hacerlo cansado.

De todo lo dicho resulta evidenciada una verdad, que nadie me disputará:

Que la República Argentina, amenazada en su integridad y en su honor por primera vez de su vida, no se ha alzado en masa para castigar á quien la ha insultado y agredido.

Las causas pueden ser otras, no las indicadas. Los efectos son los mismos, y para mi objeto es igual.

Veamos ahora el otro plano del cuadro de la situacion.

¿Qué ha hecho el Brasil?

Me valdré de una frase vulgar pero muy significativa, — ha echado el resto. Ha reclutado un inmenso ejército, ha aumentado su armada hasta hacerla poderosa, no ha economizado gastos ni sacrificios.

¿Será que hay allí mas patriotismo que aquí?

La sola pregunta subleva, no es verdad, Argentinos?

Pero entonces ¿cuál es el motivo de tan diferentes actitudes?

Será que allí los partidos son más discretos, que sus políticos son más hábiles que los nuestros, que hay allí más libertad, á pesar de sus millones de esclavos, que en el Río de la Plata?

Todo esto puede ser; pero la razón principal consiste en que los partidos Brasileños son más nacionales que los nuestros.

Su política más lógica que la nuestra, más persistente, más firme, aunque suele parecer floja, meticulosa.

Sus hombres de Estado más calculadores que los nuestros, porque tienen horizontes mejor demarcados que las fronteras físicas del Imperio.

Su pueblo más previsora, que el Pueblo Argentino, porque está más al cabo de los intereses del Estado que el nuestro, porque los Brasileños, para decirlo todo de una vez, saben mejor que los Argentinos donde les aprieta el zapato, como diría Sancho discurrendo sobre política internacional con D. Quijote.

Desde D. Pedro I hasta Carneiro Leao, por no remontarme á las eternas disputas coloniales, la educación de los Brasileños ha sido igual. El Imperio ha sembrado con constancia y ha recogido abundante cosecha. *Qui dura vince*. El ha hecho la independencia del Estado Oriental, la del Paraguay; y estoy seguro que el Illmo. Sr. Octaviano, por ejemplo, conceptúa que la independencia de Entre-Ríos y Corrientes sería un gran bien, para el resto de la República Argentina coterreña, porque así quedaría encerrada entre lindes más naturales.

Me extravío de mi objeto principal sin querer.

Volvamos á él.

El gran esfuerzo hecho por el Brasil le ha permitido formar tres ejércitos, aparte de su hermosa armada. El de Porto Alegre, el de Osorio y el de reserva recientemente decretado, que debe acudir sin dilación al teatro de la guerra. — Nosotros apenas hemos armado quince mil hombres.

Las enfermedades, las deserciones, el plomo y el acero enemigo nos han reducido á diez mil. Quizá no hay nueve mil prontos para formar frente á las trincheras de Lopez.

Tales son mis noticias al menos, y reputo mis datos auténticos, verdaderos.

¡Pero es posible en presencia de estos contrastes que resulta de los hechos consignados, que no nos repleguemos sobre nosotros mismos para meditarlos y pensarlos en lo que valen!

No puede ser. Pues entonces sean cuales sean las causas de la impropiedad de la alianza y de la guerra, que el Congreso, el Poder Ejecutivo y la República toda se den cuenta de lo que pasa, que abarquen en toda su magnitud la gravísima situación en que nos hallamos y que se haga, no digo el último esfuerzo, sino un esfuerzo más.

Si la guerra dura como dará, no hay que equivocarse, á no ser que algo inesperado, imprevisto, capitule con que no se debe contar, venga á precipitar su desenlace, ¿qué va á ser de nosotros, del ejército que opera contra un enemigo que se defiende como lo vemos y en un terreno hecho por la naturaleza para la guerra defensiva?

Allí, en la bosque, en la estero, en la pliegue de la tierra, y todo es así, presenta un obstáculo natural difícil de superar, aunque el enemigo no lo

guarnezca conforme el arte de la guerra. Los dos meses de ocupación del Paraguay que llevamos están diciendo esto con caracteres tan elocuentes, que no tendrá ojos quien no lo vea.

Lo repito, si semejante estado de cosas se prolonga, el ejército Argentino va á quedar reducido á lo que ha quedado reducido el titulado ejército Oriental, á un puñado de valientes, y el Presidente de la República, convertido, como D. Venancio Flores en general Brasileiro.

¡Qué absurdas suposiciones! dirán los hombres graves, los potentados de la Bolsa, que no tienen sus hijos frente al enemigo, que ganan batallas sobre la carta topográfica, en la que no se ven esteros, ni bañados, ni desfileros, sino una superficie lisa como la palma de la mano; que no han experimentado jamás las inclemencias de las estaciones, que no han sufrido al raso lentas y dolorosas enfermedades, que no saben lo que para un ejército invasor importa tener á la espalda una arteria de agua como el Paraná. Si Lopez está perdidó, si Mme. Lynch acome la ya sus malas y traza su itinerario para Bolivia. Si el tirano tiene al frente treinta mil aliados; á Tamandaré que amenaza á Curupaity y Humaitá y á Porto Alegre que está pasando el Paraná, y que forma la gran ala derecha del ejército aliado.

Pero es que los treinta mil hombres del frente no tienen con qué moverse, carecen de caballos, de mulas, de bueyes. Así lo dice su inacción después de la batalla de Tuyutí.

Pero es que Tamandaré no depende del General Mitre ni de Osorio.

Pero es que Porto Alegre va de su cuenta y que se entiende directamente con el Ministro de la Guerra del Imperio.

Finalmente, y como me decía no ha mucho un hombre bastante sesudo, á quien le consultaba sobre el efecto de este artículo y su oportunidad; «pero es que bien puede ser que el Brasil tenga algún interés sordido en prolongar la guerra y que Tamandaré tenga orden de no operar y Porto Alegre lo mismo, sino cuando la acción del tiempo, combinándose con las deserciones, muertes por enfermedad y acciones de guerra, ponga de relieve la debilidad del ejército Argentino y con ella la pobreza del Estado.»

Semejantes suposiciones no son propias de hombres serios, dirán unos, y los suspicaces contestarán: convenido, aunque la historia ofrece ejemplos de situaciones análogas, de alianzas efímeras, en las que los intereses de las partes empeñadas en la lucha, no corrian en líneas paralelas.

Otros, llenos de preocupaciones, dirán: Tamandaré no ataca á Humaitá de miedo; ahí está Itapirí con sus dos cañones y sus chatas. Porto Alegre marcha á paso de buey por las mismas razones.

Y los suspicaces contestarán haciendo honor á la verdad, que la última suposición es gratuita, que no hay en que fundarla, puesto que hasta ahora los Brasileños de Osorio se han batido en todas partes con bizarría; en lo que, sea dicho de paso, han hecho perfectamente bien, porque el duelo es por la vida, y las fronteras del Brasil están muy lejos.

En cuanto al miedo de Tamandaré, dirán lo que es juicioso, que su conducta es obra del plan premeditado, en cuyo éxito está altamente interesado el Brasil, teniendo su política que reducirse por ahora, no á absorber, sino á establecer su preponderancia terrestre y marítima en el Río de la Plata, probándoles á los gobiernos y banqueros de Europa, que el Brasil es tan fuerte en la América del Sur, como los Estados Unidos en el opuesto hemisferio

Y todo esto lo dirán los suspicaces quizá con sus puntos de razon, salvo que se crea que los Brasileños de Porto Alegre y de Tamandaré no tienen la misma carnadura que los Brasileños de Osorio. O lo que es un equivalente, que Mitre es mas bravo que Osorio, porque el uno es Argentino y el otro Brasileño, preocupacion que no seria de extrañar; es de todos los pueblos limítrofes ó rivales. Los Catalanes, rayanos con Francia, tienen este proverbio: cuatro Catalanes valen por diez Franceses, y en el mar los Holandeses dicen que valen por dos Ingleses, los cuales creyendo á su turno que cada uno de ellos vale por dos Franceses, dá este resultado: que cuatro Catalanes valen por cinco Ingleses, y un Holandés por cuatro Franceses.

Lo repito, la situacion es mucho mas grave de lo que se cree, y el patriotismo aconseja ponerse sin dilacion á su altura. No nos alucinen los resultados de la batalla de Tuyuti. Lopez ha sufrido pérdidas que asombran, contrastes enormes á los que no hubiera resistido la alianza con todo su poder; pero está ahí, conmovido al parecer, pero no vencido, derribado. Y si su corazon no flaquea, los Paraguayos no le abandonarán, morirán por él como han emigrado del Oeste al Norte del Rio Tebicuarí, dejándole á Porto Alegre un desierto, sin mas écos que el susurro de las brisas, que el tierno arrullo de las aves y el mugido de los animales feroces.

Si no hay oro inglés para comprar y pagar lo que necesitamos, pídase el del país. Si el país lo niega, expropiése lo que nos haga falta, y sufra el país las consecuencias de su falta de iniciativa, de su egoismo ó de su error.

Si no hay á quien enganchar, mándese de cada Provincia mas guardia nacional. Vuelva á dar Buenos Aires el ejemplo enviando á engrosar las filas del ejército otros millares de sus hijos, de sus bravos y leales hijos. Dígaseles la verdad, hágaseles ver lo que pasa en el teatro de la guerra, no al través de prismas deslumbradores como cotidianamente sucede, y estoy seguro de que si se dan cuenta del peligro y abarcan en todas sus facetas la situacion, correrán presurosos á unirse á los Keen, á los Rocha, á los Goyena, á los Martínez de Hoz, á los Romero, á los Sarmiento, á los Cobo, á los Balsa, y tantos otros que han derramado ya su sangre generosa y ostentan gloriosas cicatrices.

Si esto no se hace, y el Gobierno ayudado por el Congreso, que se encuentra reunido, y obrando con actividad y energia puede hacerlo, que no se le pregunte despues á Mitre como á Varo, si la guerra dura. ¿Qué habeis hecho de nuestras legiones; por qué no habeis evitado que el Brasil organizase el Paraguay á su antojo y estableciera sus fronteras donde le ha parecido mejor, despues de espulsado Lopez y pulverizado el último resto de su tirania? Por que los écos de diez mil Argentinos acuchillados, estenuados de fatiga, muertos despues de haber sufrido penosísimas enfermedades, sepultados en tierra estrangera ó devorados por las aves carniceras, os contestarán: Políticos imbéciles! Pueblo sin corazon! Argentinos degenerados! por qué no comprendisteis nunca la gravedad y consecuencia de la empresa que se me confiara; ni mandasteis en el momento oportuno, decisivo, diez mil hombres mas.

He pronunciado la palabra que queria; solo me falta añadir una mas.

La recojeré de un pensador Brasileño, ya que el Brasil nos está dando lecciones, y terminaré exclamando, — meditemos.

X. X.